

## Hacia las reformas jurídicas necesarias

*Cristina Barros*<sup>§</sup>

La alimentación en países con culturas milenarias como el nuestro reviste una importancia que va más allá de sólo comer para sobrevivir. Nuestros antepasados tuvieron una estrecha relación con la naturaleza que les permitió tener una amplia gama de alimentos animales y vegetales a partir de la recolección, la caza y la pesca; estos conocimientos fueron heredados a los pueblos indígenas de México que los han conservado e incluso renovado.

Los avances se dieron también con respecto a la agricultura. En Mesoamérica se domesticaron diversas plantas como el maíz, el frijol, el chile, la calabaza, el cacao, la vainilla, el jitomate, que no sólo fueron útiles para quienes se asentaron en este territorio, sino que han dado la vuelta al mundo e incluso, en casos como los del maíz, el chile y el jitomate, caracterizan otras cocinas. Esta domesticación cuyos resultados vemos hoy como cotidianos, requirieron de un trabajo

---

<sup>§</sup> Maestra en Letras por la UNAM, investigadora, escritora y difusora de la cultura alimentaria mexicana.

consciente y sistemático que podemos llamar científico: los campesinos lo actualizan en sus parcelas al seleccionar las semillas en cada cosecha.

Sistemas de cultivo como la chinampa y la milpa admiran a los botánicos, agrónomos y ecólogos actuales; las técnicas de regadío, y procesos como la nixtamalización que enriquece el maíz, la fermentación del cacao y la vainilla, son otras aportaciones notables de los abuelos indios.

La visión del mundo de estos pueblos los hizo desarrollar además una concepción de la naturaleza como algo sagrado; para ellos, como para los biólogos de vanguardia hoy día, la tierra es un cuerpo vivo; cualquier afectación a ese cuerpo nos afecta. Agradecían a la tierra por sus frutos, pedían permiso para horadarla o para apropiarse de sus criaturas, solicitaban con respeto al viento y a las nubes que trajeran las lluvias, y al agua, para que no faltara y no se convirtiera en granizo o en heladas destructoras.

El ciclo agrícola dio así origen a un conjunto de ceremonias en las que además de las ofrendas de comida a las deidades, están presentes la música, la danza, la artesanía y otras expresiones del arte popular. Convivir en estas fiestas, compartir los alimentos, fue y es un medio fundamental para afianzar los lazos sociales y fortalecer la identidad de los pueblos.

A la megadiversidad de México (el quinto país en biodiversidad y uno de los únicos doce países considerados como megadiversos), corresponde un sinnúmero de paisajes que contribuyeron, gracias a los conocimientos de los recolectores-cazadores, a generar un rica dieta. En estos entornos ecológicos tan diversos, surgieron, además, ricas culturas de las que se conservan sólo 62, varias de las cuales están amenazadas a la desaparición.

Así las cosas, hablar de la alimentación significa un verdadero esfuerzo por conjuntar a muy diversos actores. Es indispensable un proyecto de nación que considere prioritaria la preservación de nuestros recursos naturales, por encima de intereses personales y empresariales. Recordemos que en general no ha ocurrido así.

Hoy, México tiene el triste segundo lugar en destrucción anual de selvas y bosques. Ningún partido político ha atendido este grave problema como lo merece; tampoco las instancias gubernamentales. A diario conocemos por denuncias de la sociedad civil violaciones a

las leyes y reglamentos en este campo, por lo demás insuficientes. A este ritmo de destrucción, en diez años más, de acuerdo con estudios serios, México se habrá desertificado de manera casi irreversible. Esta destrucción natural significa necesariamente la destrucción de las culturas que han vivido en diálogo permanente con estos entornos. Aquí se trata de que haya viabilidad para la vida de nuestros hijos, de nuestros nietos.

La situación en el campo no es muy distinta. Si desde la década de los 40 del siglo pasado se apostó por la industrialización y el campo comenzó a subsidiar el desarrollo y el crecimiento de las ciudades, esto se ha agravado en las últimas décadas, pues los sucesivos gobiernos, en contra de muchas voces, prefirieron importar que producir los alimentos básicos.

Últimamente, cada año han dejado de sembrar maíz 200 mil campesinos. Hoy estamos a punto de perder la soberanía alimentaria y esto nos pone de rodillas frente a quienes sí han considerado que es indispensable garantizar la alimentación de sus pueblos, y más aún, han hecho lo posible por tener en sus manos el control de los alimentos de una buena parte de la población del planeta.

Esto es justamente lo que significan las compañías de producción de semillas y biotecnología que van comprando aquí y allá conciencias por sumas para ellos risibles, con el propósito de lograr que se legisle o se tomen decisiones en las oficinas públicas que favorezcan su voracidad y aumenten sus ya escandalosos capitales, así sea a costa de poner en riesgo la alimentación del mundo.

La apertura indiscriminada a las importaciones, que culminaría, salvo que todos los hombres y mujeres con conciencia en este país lo impidamos, con la apertura a la importación sin aranceles del maíz y del frijol, en 2008, puede significar más hambre y el éxodo para millones de mexicanos; seremos dependientes a tal grado, que nos venderemos por un plato de frijoles o por una tortilla.

El abandono del campo (3.4 millones de personas salieron del país sólo en el sexenio pasado) implica una grave pérdida en todos los sentidos. No sólo se van nuestros hermanos, sino que su salida imposibilita que se continúen transmitiendo conocimientos atesorados por milenios, de generación en generación; también se van con ellos prácticas culturales ancestrales que son riqueza nuestra y de la humanidad.

Los cambios en el campo, el hacinamiento en las ciudades, la prisa a la que nos obliga un sistema explotador, el trabajo femenino y masculino a destajo, han provocado otros desajustes. No se come en casa, la dieta se ha empobrecido y se ha abandonado la alimentación tradicional. Industriales y empresarios sin sentido social, apoyados en los medios de comunicación masiva comerciales y en una protección cómplice de las autoridades han inundado el mercado con productos nocivos para la salud. Son causantes, en buena medida, de que más de la mitad de los mexicanos tengan problemas de obesidad y de que la diabetes sea uno de los más serios problemas de salud en México con los graves costos sociales y económicos que esto conlleva. Por otra parte, el empobrecimiento representa millones de mexicanos con desnutrición crónica y millones de niños con desnutrición aguda.

Se trata de una crisis de grandes dimensiones que implica a los más diversos sectores. No se trata de sólo enmendar, sino de ir realmente al fondo de las cosas. Una acción aislada en absoluto garantiza un cambio. Es necesario legislar y ejercer la presión desde el Poder Legislativo y desde la sociedad, para que haya transformaciones que permitan revertir un deterioro que, de continuar, cancelará en buena medida el futuro de México.

Así ocurre en general, pero hoy estamos ante una prioridad: el maíz. Esta planta considerada como sagrada por múltiples razones, está seriamente amenazada. Lo decimos desde el conocimiento, no desde el sentimiento. Diversos científicos que trabajan sin conflicto de intereses han afirmado que la polinización de los maíces criollos con maíces transgénicos significaría la pérdida de una riqueza genética fundamental. Y también han afirmado que la polinización no es controlable, como ya se ha comprobado en Estados Unidos.

México es, sin duda, centro de origen y diversidad del maíz. Los centros de diversidad que la Sagarpa ha publicado en el *Diario Oficial de la Federación* no corresponden con la realidad, y además, insisto, la contaminación por polen, una vez que se sembraran maíces genéticamente modificados a campo abierto, sería incontrolable.

Como aquí se ha dicho, el proceso de selección genética entre los campesinos es continuo. Los campesinos intercambian semillas y las trasladan a lugares distantes. Han logrado así respuesta a necesidades infinitamente más amplias que las que ofrecen los maíces genéticamente modificados actuales.

Lo mismo ocurre con la gran variedad de híbridos que han obtenido, a partir de maíces criollos y aun del teocinte, los investigadores mexicanos en el Instituto Nacional de Investigaciones Forestales, Agrícolas y Pecuarias (INIFAP), en el Centro Internacional de Mejoramiento de Maíz y Trigo (CIMMYT, ya desaparecido) y en otros centros de investigación nacionales. Para que esta riqueza continúe multiplicándose en beneficio de México y de la humanidad es indispensable que se conserven las variedades criollas. Hay que asegurar los acervos nativos y naturales de este cultivo tanto de criollos de maíz, como de poblaciones silvestres de teocinte *in situ*, esto es, en el entorno natural que les corresponde y no sólo en los bancos de germoplasma.

Se ha dicho que ir contra los transgénicos es quedarse en el pasado. Diré que usar los maíces genéticamente modificados actuales, es tomar una ruta que en Estados Unidos se ha descartado: son obsoletos y corresponden a una tecnología imprecisa, insuficiente y burda, cuyos efectos no han sido suficientemente estudiados. Numerosos estudios aquí y en el extranjero así lo demuestran. Por si fuera poco, usan como punto de partida los maíces que lograron antes nuestros antepasados. La investigación más avanzada está buscando alternativas a estas técnicas. Además, con los métodos tradicionales, si hubiera apoyo suficiente del gobierno, se podría duplicar la producción de maíz blanco de ser necesario.

Lo que quieren las compañías de biotecnología como *Monsanto*, *Pioneer* y *Dow AgroSciences*, es contaminar nuestros campos con sus maíces, de manera que no haya más remedio que volvernos sus clientes cautivos. A partir de ese momento quedaría privatizado el conocimiento generado por 300 generaciones de biólogos y campesinos que nos heredaron de manera generosa una gran riqueza genética. Esto significaría la fuga constante de divisas para adquirir los paquetes agrícolas, el incremento del uso de agroquímicos, la cancelación de la posibilidad de que México amplíe el mercado de productos orgánicos, cada vez más apreciados en los mercados internacionales, y finalmente la imposibilidad de tomar decisiones propias, pues un país que no tiene resuelta su alimentación no es dueño de su destino.

Como si esto no fuera cierto para México, se desmanteló la Pronase (Productora Nacional de Semillas) para darle paso a la empresa transnacional *Cargill*. También desapareció la Conasupo y, en cambio, Grupo Maseca fija en los hechos el precio del maíz a los productores

y ha empobrecido la dieta de los mexicanos con harinas impuestas a los molineros a partir de subsidios que les otorgó el propio Gobierno para que las adquirieran.

En México el maíz no es una mercancía. A pesar de que se aprovecha integralmente y de que tiene importantes usos industriales, muchos de ellos surgidos a partir de aportaciones indígenas, el maíz es, como escribió Guillermo Bonfil, el fundamento de la cultura popular mexicana. Él mismo expresó como advertencia que “la sustitución de ese cereal por otros alimentos causaría una crisis total en la vida del país, porque el consumo de ese grano está acompañado de un enorme, incommensurable conocimiento popular”. Considera que la posibilidad de que esto ocurriera “obligaría a modificar, hasta el rompimiento, una cultura milenaria”.

Disponer de tortillas de maíz de buena calidad, nixtamalizado a la manera tradicional y a buen precio, debe ser un derecho inalienable de todos los mexicanos. El apoyo a lo productores temporales y no sólo a los grandes productores del norte del país, es también obligatorio.

Hay que atender, además, los planteamientos del informe “Maíz y biodiversidad: los efectos del maíz transgénico en México. Conclusiones y recomendaciones”, elaborado para la Comisión para la Cooperación Ambiental de América del Norte, donde se concluye que:

En tanto no se realicen investigaciones y evaluaciones adecuadas sobre riesgos y beneficios de los efectos del flujo de genes de maíz transgénicos hacia razas locales y teocintle, y se difunda mayor información entre los campesinos y las comunidades rurales, deberá seguirse aplicando la actual moratoria a la siembra comercial de maíz transgénico en México.

Las conclusiones de la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (Conabio), firmadas por el doctor José Sarukhán, están planteadas en términos similares.

En palabras de los doctores Daniel Piñero Dalmau y Elena Álvarez-Buylla Rocas, investigadores del Instituto de Ecología de la UNAM, el régimen de protección especial de maíz debe ser concebido como un asunto de seguridad nacional. Debe construirse además, con la opinión de las comunidades rurales e indígenas y con la participación de académicos, científicos, consumidores, productores y los diferentes niveles de gobierno.

Habrá que proteger la diversidad del maíz adoptando medidas derivadas de proyectos de investigación en bioseguridad y recomendaciones, y asegurar y destinar recursos para ejercer un monitoreo amplio, independiente y plural sobre el estado de contaminación actual de las variedades de maíz que existen en nuestro territorio y tomar medidas para revertirla. Es necesario, además, que se prohíba de manera permanente dentro de nuestro país el desarrollo de productos industriales no comestibles, de vacunas y proteínas experimentales de uso terapéutico que utilizan el maíz como sistema de expresión.

Señores legisladores, señoras y señores, si no se toma en cuenta la defensa del maíz en este momento, de nada valdrá el intento de convertir la cocina mexicana en patrimonio nacional o en patrimonio de la humanidad. Desde que se presentó esta candidatura en 2004, la UNESCO reiteró que se debía presentar la candidatura del maíz como un elemento fundamental de las culturas indígenas de México; en este caso sí se podría establecer un plan adecuado de salvaguarda. Sé que otras entidades de la propia UNESCO están interesadas en que la milpa se convierta en paisaje cultural para su preservación.

Perdernos en las exquisiteces de la gastronomía mexicana, sin considerar que las cocinas tradicionales son un universo mucho más amplio y la expresión de culturas ancestrales, tal como se expresa en la Justificación del expediente “Pueblo de Maíz. La cocina ancestral de México. Ritos, ceremonias y prácticas culturales de la cocina de los mexicanos”, y hacer de nuevo a un lado los riesgos a que está sometida, será un desacierto. Hoy, urge, entre otras cosas, que se proponga ante la UNESCO la cultura del maíz como Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad.

Es indispensable que se cumplan los acuerdos internacionales con los que México se ha comprometido, especialmente el Protocolo Cartagena sobre Bioseguridad y el Convenio sobre la Diversidad Biológica (CDB) ratificado por México y Canadá.

En la LX Legislatura, todos los partidos políticos tendrán que asumir su responsabilidad con seriedad, legislando de inmediato si hay deficiencias y haciendo que se cumplan las leyes que ya existen. Tendrán que utilizar todos los instrumentos a su alcance para proteger el maíz en todas las dimensiones aquí expresadas.

Lo mismo debe ocurrir en las áreas específicas de la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales, la Secretaría de Agricultura,

Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación, el Consejo Nacional para la Diversidad, la Comisión Intersecretarial de Bioseguridad de los Organismos Genéticamente Modificados, la Secretaría de Salud, la Secretaría de Educación Pública, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indios, así como los gobiernos de los estados. Es indispensable que haya políticas públicas unitarias.

La sociedad está obligada, a su vez, a demandar la protección integral del maíz. De no hacerlo, y lo digo sin exagerar, seremos responsables de haber dilapidado nuestra herencia y de poner en peligro el futuro de México.